

OBRAS DE
SHAKSPEARE

VERSION CASTELLANA DE

JAIME CLARK

LA TEMPESTAD

LA NOCHE DE REYES

MADRID
MEDINA Y NAVARRO, EDITORES
Calle del Rubio, núm 23

LA NOCHE DE REYES

ó

LO QUE QUERAI.

PERSONAJES.

ORSINO, *duque de Iliria.*
SEBASTIAN, *hermano de Viola.*
ANTONIO, *capitan de buque, amigo de Sebastian.*
UN CAPITAN, *amigo de Viola.*
VALENTIN, } *gentilshombres de la servidumbre del*
CURIO, } *duque.*
DON TOBIAS REGUELDO, *tio de Olivia.*
DON ANDRÉS DE SECOROSTRO.
MALVOLIO, *mayordomo de Olivia.*
FABIO, } *criados de Olivia.*
FESTE, *bufon,* }
OLIVIA.
VIOLA.
MARÍA, *doncella de Olivia.*
Nobles, sacerdotes, alguaciles, músicos, y otros.

ESCENA : Una ciudad de Iliria, y la cercana playa.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Una sala del palacio ducal.

Salen el DUQUE, CURIO y otros nobles. Músicos en el fondo.

DUQ. Si es del amor la música sustento,
Seguid tocando, hartadme de armonía,
Que hastiado el dulce anhelo enferme y muera.
La estrofa repetid: murió tan dulce;
Hirió mi oído como blanda brisa
Que sopla sobre un campo de violetas,
Robando y dando olor. Cesad; no cantes:
No suena ya tan dulce como ántes.
¡Tirano amor, cuán vivo y fresco eres!
Pues aunque todo cabe en tu ancho seno,
Como en el mar, en él nunca entra nada,
Por esforzado y válido que sea,
Que en precio y en valor no pierda al punto:
Tan lleno está el amor de fantasía,
Que él solo de fantástico se precia.

CUR. ¿Quereis cazar, señor?

DUQ. ¿Qué, Curio?

CUR. El ciervo.

DUQ. Tal hago, y al más noble de los míos.

¡Ay! cuando á Olivia ví por vez primera,
 El aire con su aliento embalsamaba;
 En el instante aquel troquéme en ciervo;
 Y desde entónces como alanos crudos
 Me acosan mis deseos.

Sale VALENTIN.

¿Qué me manda?

VAL. Alteza, perdonad: no obtuve audiencia;
 Mas dióme su doncella tal recado:
 Durante siete soles, ni áun su lumbre
 Verá su hechizo á cara descubierta;
 Mas cual reclusa, con tupido velo,
 Su estancia irá regando cada día
 Con llanto acerbo que los ojos hiere;
 Y todo por amor de un muerto hermano,
 Cuyo recuerdo en su memoria triste
 Quisiera mantener vivo y constante.

DUG. La que alma tiene de tan firme temple
 Que deuda tal de amor rinde á un hermano,
 ¿Cuál no amaré cuando áurea flecha acabe
 Con la legion de los demas afectos
 Que en ella viven; cuando seso y alma,
 Aquellos altos tronos, ocupados
 Estén, y llenos sus hechizos todos
 De un solo rey supremo?—Preparadme
 De flores blando lecho: sobre el césped
 Descansa amor cual bienvenido huésped. (Vánse.)

ESCENA II.

La orilla del mar.

Salen VIOLA, un CAPITAN y MARINEROS.

VIOL. ¿Qué tierra es esta?

CAP. Iliria, noble dama.

VIOL. ¿Qué hiciera yo en Iliria? En los eliseos
Campos mi hermano está. Por dicha, acaso
No se anegó. Marinos, ¿qué os parece?

CAP. Gran dicha fué salvaros vos, señora.

VIOL. ¡Mi pobre hermano! Aún él salvarse pudo.

CAP. Bien pudo; y si os consuela lo probable,
Sabed que al estrellarse nuestra nao,
Cuando ibais vos, con esta pobre chusma
Que se salvó con vos, en nuestro bote,
Vió á vuestro hermano, cauto en el peligro,
Atarse á un recio palo que vivía
Sobre el airado mar, cuyo recurso
Esperanza y valor le sugirieron;
Y como Arion en el delfín montado,
Le ví en amigo trato con las olas
Mientras le pude ver.VIOL. Por esa nueva,
Este oro toma. Que salvarse pudo,
Mi propia salvación me lo demuestra,
Y es tu discurso clara prueba de ello.
¿Conoces esta tierra?CAP. Bien, señora:
Apénas distará de aquí tres leguas
El pueblo en que nací, y allí criéme.

VIOL. ¿Quién manda aquí?

CAP. Señora, un duque noble
De estirpe y corazón.

VIOL. ¿Se llama?

CAP. Orsino.

VÍOL. Oí su nombre en boca de mi padre.
Y era soltero entónces.

CAP. Tal aún sigue;
O lo era há poco. Un mes hará que ausente
Estoy de aquí. Se murmuraba entónces—
Y ya sabeis que charlan los pequeños
De todo aquello que los grandes hacen—
Que loco estaba por la bella Olivia.

VÍOL. ¿Y quién es ella?

CAP. Es una virgen casta,
Hija de un conde, que murió há un año,
Dejándola al cuidado de su hijo,
Hermano de ella, el cual también ha muerto;
Por cuyo amor se dice que ha abjurado
La sociedad y vista de los hombres.

VÍOL. ¡Pudiera yo servir á aquella dama,
Sin revelar mi condicion al mundo
Hasta que sazonara por mí misma
La coyuntura!

CAP. Fuera, á fe, difícil
Hacer que os aceptase, pues no admite
Instancia alguna, ni aún del mismo duque.

VÍOL. Nobleza, capitan, en ti se advierte,
Y aún cuando la natura á veces cerca
Pútridos restos con hermosa tapia,
Me inclino á creer que tu alma corresponde
A tu exterior aspecto y noble trato.
Te ruego, y con largueza he de premiarte,
Que calles quien yo soy, y me procures
Algun disfraz que cuadre felizmente
Con mi intención. Servir al duque quiero;
Tú me presentarás como un eunuco:
Bien pudiera valerte tu trabajo,
Pues sé cantar y puedo deleitarle
Con clases mil de música diversa;
Lo cual me recomienda á su servicio.
En tanto, lo demas al tiempo dejo:
Tú amolda tu silencio á mi consejo.

CAP. Su eunuco sed; seré yo vuestro mudo;

Si charlo, que me ciegue el hado crudo.

VIOL. Te lo agradezco, capitan. Sigamos. (Vánse.)

ESCENA III.

La casa de Olivia.

Salen DON TOBIÁS REGUELDO *y* MARIA.

D. TOB. ¿Qué diablos quiere decir mi sobrina con tomar tan á pecho la muerte de su hermano? Harto estoy de saber que el pesar consume la vida.

MAR. A fe mia, don Tobías, es menester que os retireis más temprano por la noche. Vuestra sobrina, mi señora, se queja seriamente de vuestras malas horas.

D. TOB. Quéjese en buen hora, con tal que yo no la oiga.

MAR. Sí, pero os estaria mejor no exceder los límites modestos de una vida ordenada.

D. TOB. ¡Me estaria mejor! No he menester que nada me esté mejor: este gaban me está bastante bien para echar con él un trago, y tambien estas botas; y si no, que se cuelguen con sus propios lazos.

MAR. Os arruinareis con tanto beber y trincar. Oí á mi señora quejarse de ello ayer; y de cierto caballero mentecato que trajisteis aquí una noche para que la cortejara.

D. TOB. ¿Quién, don Andrés de Secorostro?

MAR. El mismo.

D. TOB. Es uno de los mejores mozos de toda Iliria.

MAR. ¿Qué hace eso al caso?

D. TOB. ¡Cómo! Tiene sus tres mil ducados de renta al año.

MAR. Pero con todos sus ducados no tendrá para un año; es un majadero y un pródigo.

D. TOB. ¡Callad! ¡que digais vos eso! Toca el violon y habla dos ó tres lenguas, palabra por palabra, sin libro, y posee todos los dones naturales que pueden adornar á un hombre.

MAR. A fe que sí; es decir, á un hombre idiota: pues además de ser necio, es quimerista, y si no tuviese el don de la cobardía para calmar sus ímpetus belicosos, opinan los sabios que no tardaría en tener el don de una tumba.

D. TOB. Por esta mano que son bellacos y embusteros los que tales calumnias le levantan. ¿Quiénes son?

MAR. Los mismos que aseguran que se emborracha todas las noches en vuestra compañía.

D. TOB. Cierto, bebiendo á la salud de mi sobrina; beberé á su salud mientras tenga expedito el gáznate y haya qué beber en Iliria. Cobarde y de baja estofa ha de ser el hombre que no quisiera beber á la salud de mi sobrina hasta que le girara el cerebro sobre un pié como un trompo. Calla, muchacha. *¡Castiliano volto!* que aquí viene el mismo don Andrés de Secorostro.

Sale DON ANDRÉS DE SECOROSTRO.

D. AND. ¡Don Tobías Regueldo! ¿qué tal, don Tobías Regueldo?

D. TOB. ¡Don Andrés de mis entrañas!

D. AND. Dios os guarde, linda sirena.

MAR. Y á vos, hidalgo.

D. TOB. ¡A ella, D. Andrés, á ella!

D. AND. ¿Qué es eso?

D. TOB. La doncella de mi sobrina.

D. AND. Buena madama Aella, quisiera conoceros más de cerca.

MAR. Me llamo María, hidalgo.

D. AND. Buena madama María Aella...

- D. TOB. No es eso, hidalgo: «á ella» quiere decir háblala, búscala, requiébrala, empréndela con ella.
- D. AND. A fe mia no quisiera emprender nada con ella en presencia de esta compañía. ¿Conque eso quiere decir «á ella?»
- MAR. Quedad con Dios, hidalgo.
- D. TOB. Como la dejéis ir así, don Andrés, quiera Dios que no vuelvas nunca á sacar tu tizona.
- D. AND. Como os vayais así, dueña mia, quiera Dios que no vuelva nunca á sacar mi tizona. Hermosa dama, ¿pensais acaso que traeis á unos necios entre manos?
- MAR. No os tengo á vos por la mano.
- D. AND. Pero me tendreis; aqui está mi mano.
- MAR. Pues bien, hidalgo, los pensamientos son libres: se me antoja que pudierais tener esta mano un rato en la bodega.
- D. AND. ¿Por qué, hermosa? ¿Qué significa esa metáfora?
- MAR. Está caliente.
- D. AND. No soy tan bobo que no sepa tener las manos calientes. ¿Quién no se calentara á vuestro lado?
- MAR. Eso indica que teneis el corazon frio...
- D. AND. ¿El corazon frio?
- MAR. Y la mollera vacía. (Vásc.)
- D. TOB. ¡Oh hidalgo mio! has menester un trago de Canarias. Nunca te ví tan mohino.
- D. AND. Nunca, como no fuera que me amohinara el Canarias. Se me antoja que algunas veces no tengo más ingenio que un cristiano, ó que cualquier hijo de vecino: cómo mucha carne de vaca, y creo que eso me entorpece el ingenio.
- D. TOB. Sin duda.
- D. AND. Si creyera eso, renegara de aquel alimento. Mañana, don Tobías, monto á caballo, y á casa.

- D. TOB. *¿Pourquoi*, querido hidalgo?
- D. AND. ¿Qué es eso de *pourquoi*? ¿Hazlo ó deja de hacerlo? Ojalá hubiese empleado en el estudio de las lenguas el tiempo que he gastado en la esgrima, el baile y las riñas de osos. ¡Ay! ¡yo me hubiera debido dedicar á las artes!
- D. TOB. ¡Oh! entónces hubieras sacado una hermosa cabellera.
- D. AND. ¿Por qué? ¿Hubiera mejorado mi pelo con eso?
- D. TOB. Sin duda: ya ves que no se quiere rizar naturalmente.
- D. AND. Sin embargo, me cae bien. ¿No es cierto?
- D. TOB. A las mil maravillas: como estopa en una rueca; y aún espero ver á una ama de casa cogerte entre las piernas é hilártelo.
- D. AND. A fe que me vuelvo á mi casa mañana: vuestra sobrina no se deja ver, y aunque se dejara, apuesto diez contra uno que no me querrá. El conde, vuestro vecino, la corteja en persona.
- D. TOB. No quiere tener nada que ver con el conde: no quiere casarse fuera de su esfera, ni en cuanto á bienes, ni en cuanto á edad, ni en cuanto á discrecion; se lo he oído jurar. ¡Animo! que la cosa promete.
- D. AND. Me quedaré un mes más. No hay hombre de más extraña condicion que yo en el mundo: á veces me da por pasar el tiempo en máscaras y en regocijos.
- D. TOB. ¡Hola! ¿Eres diestro en achaque de piñetas?
- D. AND. No hay quien me gane á eso en toda Iliria, sea quien fuere, exceptuando siempre á mis superiores: tampoco quiero compararme con una persona mayor.
- D. TOB. ¿Hasta qué grado de perfeccion has llegado en las seguidillas, hidalgo?

D. AND. A fe, sé hacer una cabriola, y creo que doy el salto de gato tan bien como cualquiera en Iliria.

D. TOB. ¿Y guardas ocultos tales dotes? ¿Cuelgas una cortina delante de esas gracias? ¿Temes acaso que se manchen de polvo? ¿Por qué no te vas á misa bailando unas seguidillas, y te vuelves á casa luciendo tu garbo en un bolero? Si fuera tú, mi paso constante seria una jota; no hiciera aguas siquiera sin ejecutar una zarabanda. ¿Estás en ti? ¿Es algun paraíso este mundo para que mantengas ocultas tales virtudes? Ya me imaginé, al ver la excelente hechura de tu pierna, que fué formada bajo el influjo de un astro bailarín.

D. AND. Sí, es robusta, y no parece mal con una media de color de grana. ¿No armaremos nuestro pequeño jolgorio?

D. TOB. ¿Pues no lo hemos de armar? ¿Nacimos bajo el signo de Tauro ó nó?

D. AND. ¿Tauro? Eso significa palos y mala vida.

D. TOB. Nada de eso, amigo: significa saltos y brincos. ¿A ver, á ver cómo haces esas cabriolas? ¡Alza! ¡más alto! ¡eh! ¡oh! ¡magnífico! (Váse.)

ESCENA IV.

El palacio ducal.

Salen VALENTIN y VIOLA en traje de hombre.

VAL. Si continúa el duque dispensándoos tales favores, Cesario, no tardareis en ascender: hace tres dias que os conoce, y ya no os trata como á extraño.

VIOL. Debeis sospechar que pueda haber veleidad en él, ó negligencia en mí, cuando poneis en

duda la duracion de su afecto. ¿Es acaso inconstante en sus favores?

VAL. No tal, os lo aseguro.

VIOL. Gracias. Aquí viene el conde.

Salen el DUQUE, CURIO, y acompañamiento.

DUQ. ¿Quién vió á Cesario?

VIOL. A la órden vuestra, Alteza.

DUQ. Vosotros retiraos por breve rato.—

Cesario, nada ignoras: ya te he abierto

Las más secretas páginas del alma;

Por tanto, buen mancebo, á verla acude:

No sufras detencion; firme en su puerta,

Di que echarán allí tus piés raices

Hasta obtener audiencia.

VIOL. Alteza, empero,

Si está tan entregada á su tristeza,

Cual dicen, nunca otorgaráme entrada.

DUQ. Haz ruido, y falta á todo urbano trato,

Primero que volver sin la respuesta.

VIOL. Y aunque la llegue á hablar, señor, ¿qué [logro?

DUQ. Píntala mi pasion, mi amor ardiente:

Haz que mi fe constante la sorprenda.

Bien puedes tú pintarle mi honda cuita:

Tu tierna juventud podrá ablandarla

Mejor que nuncio de más grave aspecto.

VIOL. Lo dudo, Alteza.

DUQ. Creelo, amado jóven.

Calumniará tu edad feliz quien diga

Que ya eres hombre. El labio de Diana

No es más suave y cárdeno; tu acento

Es como voz de niña, agudo y claro,

Y mujeriles son tus prendas todas.

Me consta que es tu estrella favorable

Al desempeño de mision tan tierna.—

(A su acompañamiento.)

Háganle compañía cuatro ó cinco,

O todos si quereis; estoy á solas
 Mejor que acompañado.—Y tú, prospera,
 Y vivirás tan libre cual tu dueño,
 Y partirás con él fortuna y dicha.
VIOL. Cuanto pudiere haré por ablandarla.
 (Ap.) Corteje á quien quisiere, ¡oh suerte fiera!
 ¡Por ser su esposa yo la vida diera! (Váse.)

ESCENA V.

La casa de Olivia.

Salen MARIA y el BUFON.

MAR. Si no me dices dónde estuviste, no despegaré mis labios para disculparte, ni áun lo suficiente para que pueda pasar por ellos una cerda: el ama te mandará ahorcar por tu ausencia.

BUF. Que me ahorque: quien fuere bien ahorcado en este mundo, no tiene que temer á enemigo alguno.

MAR. ¿Se puede saber por qué?

BUF. Porque ya no le es posible ver á ninguno.

MAR. La respuesta es ingenua. Yo te puedo decir de dónde trae su origen ese dicho de no temer á enemigo alguno.

BUF. ¿De dónde, ilustre señora María?

MAR. De las guerras; y así lo puedes afirmar entre tus demas bufonadas.

BUF. Pues talento le dé Dios al que no le hiciere falta, y válgale al necio su discrecion

MAR. Con todo, no os libraréis de la horca por haber estado ausente tanto tiempo; ó por lo ménos, os pondrán en la calle, que es lo mismo que si os dejaran colgado.

BUF. Más vale ser bien ahorcado que mal casado; y en cuanto á ponerme en la calle, poco importa, miétras dure el verano.

MAR. ¿Es decir, que estais resuelto?

BUF. No precisamente resuelto, aunque lo estoy tocante á dos puntos.

MAR. Para que si falta el uno te puedas acoger al otro; y si dan de si ambos á la vez, te se caerán las bragas.

BUF. Bien dicho, á fe mia, muy bien dicho. En fin, véte con Dios; si don Tobías renunciase á la bebida, no habria en toda Iliria hija de Eva más discreta que tú.

MAR. Calla, bribon; no me tóques esa tecla. Aquí viene mi señora. Harias bien en disculparte lo mejor que pudieres. (Vase.)

BUF. Ingenio mio, si te place, no me desampares en tan duro trance. Muchos sabios que creen poseerte, no pocas veces hacen papel de tontos; y yo que sé seguramente que no te tengo, podré pasar por sabio. ¿Pues qué dice Quinapalo? «Más vale ser bobo discreto que discreto bobo.»

Salen OLIVIA y MALVOLIO.

Dios te guarde, señora.

OLIV. Echad de aquí á este necio.

BUF. ¿No lo oís, bellacos? Echad de aquí á esta señora.

OLIV. ¡Quita allá! bufon insípido; no te quiero ver; te vas volviendo deshonesto además.

BUF. Dos faltas, madonna, que se pueden enmendar con buen vino y buenos consejos; pues dad al bufon insípido vino sabroso y sabrá á néctar; mandad al deshonesto que se enmiende, y si lo hace, ya no es deshonesto; si no logra enmendarse, que le remiende un sastre. Cualquiera cosa compuesta y enmendada no es sino un remiendo: la virtud que peca, no es sino un remiendo de pecados; y el pecado que se enmienda no es sino un remiendo de virtudes. Si

os basta este simple silogismo, bien; si no, ¿qué le vamos á hacer? Y así como el único cornudo verdadero es la desdicha, así es la belleza una flor. La señora mandó que echasen al necio bufon; por eso repito que echen á la señora.

OLIV. Mandé que os echasen á vos.

BUF. ¡Fué un error garrafal! Señora, *cuculus non facit monacum*; quiero decir que mi seso no es tan abigarrado como mi sayo. Buena madonna, permitid que os demuestre vuestra necedad.

OLIV. ¿Podrás hacerlo?

BUF. Con la mayor sencillez, buena madonna.

OLIV. Oigamos tu demostracion.

BUF. Para ello es menester que os catequice, madonna. Contéstame, dechado de virtud.

OLIV. Sea; á falta de otro pasatiempo, quiero someterme á tu exámen.

BUF. ¿Buena madonna, por qué llorais?

OLIV. Buen bufon, por la muerte de mi hermano.

BUF. Sospécheme que su alma está en los infiernos.

OLIV. Yo sé que su alma está en la gloria.

BUF. Tanto mayor es vuestra necedad, madonna, si llorais á un hermano cuya alma está en la gloria. Echad á esa necia, caballeros.

OLIV. ¿Qué os parece este bufon, Malvolio? ¿No va siendo cada día mejor?

MAL. Sí, señora, é irá siendo cada vez mejor, hasta que le sacudan las ánsias de la muerte. La decrepitud que postra las facultades del cuerdo, aumentá la simpleza del necio.

BUF. ¡Dios os depare, hidalgo, una decrepitud precoz, para que aumente vuestra simpleza! Don Tobías no tendrá reparo alguno en jurar que no soy zorro; pero no apcstará una blanca á que no sois necio.

OLIV. ¿Qué contestais á eso, Malvolio?

MAL. Me asombra que guste vuesamerced de las frialdades de un bellaco tan insípido. Le ví sufrir un revolcon el otro día á manos de un bufon vulgar, que no tiene más seso que una piedra. ¿No lo veis? Ya está desconcertado: si no os reis y no le dais pié para sus pullas, enmudece como un poste. Juro por mi honor que tengo á esos sabios que revientan de gozo oyendo á estos bufones privilegiados, por algo ménos que payasos de los mismos bufones.

OLIV. ¡Oh! el amor propio, Malvolio, os pudre la sangre y gustais de todo con paladar estragado. El que es generoso, ingenuo y de índole franca, toma por saetillas estas cosas que vos juzgais balas de cañon. El bufon privilegiado, áun cuando no haga otra cosa que mofarse de todo, no injuria jamás, como tampoco se mofa jamás el hombre de reconocida discrecion, áun cuando no haga otra cosa que censurar.

BUF. ¡Válgate Mercurio por embustera, ya que hablas tan bien de los bufones!

Sale MARIA.

MAR. Señora, acaba de llamar á la puerta un mancebo que os desea hablar.

OLIV. ¿De parte del conde Orsino, acaso?

MAR. Señora, no lo sé. Es un jóven de buen parecer, y viene bien acompañado.

OLIV. ¿Cuál de mis criados le detiene?

MAR. Don Tobías, señora, vuestro deudo.

OLIV. Haced que se retire, os ruego: no dice más que locuras. ¡Oh vergüenza! (*Váse María.*) Id vos, Malvolio; si es alguna pretension del conde, decid que estoy enferma, ó que he salido, ó lo que se os antoje, á fin de que pueda evadirme de ella. (*Váse Malvolio.*) Ya veis, bufon, cómo se van poniendo rancios tus chistes; ya no gustan á nadie.

Buf. Has defendido la causa de los bufones, madonna, como si debiera pertenecer á nuestro honrado gremio tu hijo primogénito, cuyo cráneo plegue á Júpiter atestar de sesos; pues aquí se acerca un pariente tuyo, cuyo piamá-ter es débil en extremo.

Sale DON TOBIAS.

OLIV. ¡Medio beodo, á fe mia! ¿Quién está en el portal, tío?

D. TOB. Un caballero.

OLIV. ¿Un caballero? ¿qué caballero?

D. TOB. Cierta caballero... (Eructa.) ¡Malditos arenques escabechados!... ¿Qué haces tú aquí, zote?

Buf. ¡Don Tobías de mi vida!

OLIV. Tío, tío, ¿cómo os hallais á estas horas de la mañana en tal estado de incuria?

D. TOB. ¿Lujuria? Reniego de la lujuria. Hay un hombre en el zaguan.

OLIV. Bien; ¿y quién es?

D. TOB. El diablo, si le place; no se me da un comino, podeis creerme. En fin, me es todo igual. (Váse.)

OLIV. ¿A qué se asemeja un beodo, bufon?

Buf. A un ahogado, á un necio y á un loco: un trago más de lo justo le convierte en necio, dos en loco, y tres en ahogado.

OLIV. Vé tú y llama al juez para que examine el cadáver, pues está en el tercer grado de la embriaguez; está ahogado. Vé, y no le pierdas de vista.

Buf. Aún no está más que loco, madonna, y el bufon bien puede vigilar al loco. (Váse.)

Sale MALVOLIO.

MAL. Señora, ese mancebo jura que os ha de hablar. Le dije que estabais enferma; asegura que lo supo de antemano, y que por lo mismo

os viene á hablar. Le dije que estabais dormida; parece que lo tuvo previsto tambien, y que por tanto os viene á hablar. ¿Qué le diremos? Está pertrechado contra cualquier evasiva.

OLIV. Dile que no me hablará.

MAL. Ya se lo he dicho; y asegura que se pondrá de planton en vuestra puerta, á guisa de centinela ó poste, hasta que le deis audiencia.

OLIV. ¿Qué clase de hombre es?

MAL. De una clase muy mal criada: está resuelto á hablarla, quiera vuesamerced ó no.

OLIV. ¿Qué aspecto y qué edad tiene?

MAL. No es bastante viejo para ser hombre, ni bastante jóven para ser muchacho: es como el agraz ántes de ser uva, ó como manzana en ciernes; está como estancado entre los lindes de rapaz y hombre. Es bien parecido y muy redicho; parece que aún se acuerda de los mimos de su madre.

OLIV. Que pase adelante. Llamad á mi doncella.

MAL. Doncella, la señora os llama. (Váase.)

Salen MARIA.

OLIV. Echame el manto y tápame la cara.
Oigamos otra vez qué dice Orsino.

Salen VIOLA y acompañamiento.

VIOL. ¿Cuál es la noble dueña de esta casa?

OLIV. Habladme á mí, os contestaré por ella. ¿Qué mandais?

VIOL. Muy radiante, esclarecida y sin par hermosura... Decidme, os ruego, si es esta la dueña de la casa, pues no la ví jamás. No quisiera pronunciar mi discurso en balde, pues además de estar magistralmente compuesto, me he tomado gran trabajo en aprenderlo de memoria.

Hermosas mias, no os burleis de mí, soy en extremo susceptible, el menor desaire me llega al alma.

OLIV. ¿De dónde venís, hidalgo?

VIOL. Pocomás podré decir de lo que he estudiado, y esa pregunta no está en mi papel. Prenda gentil, decidme de véras si sois vos la dueña de esta casa, para que pueda proseguir con mi discurso.

OLIV. ¿Sois cómico acaso?

VIOL. No tal, alma silenciosa, y sin embargo, juro por todos los ardidés de la malicia que no soy lo que represento ser. ¿Sois la dueña de la casa?

OLIV. Si no me arrogo demasiado, lo soy.

VIOL. Ciertamente, si sois ella, os arrogais demasiado, pues lo que es vuestro para otorgar, no es vuestro para retener. Pero esto no entra en mi comision: proseguiré mi discurso en vuestro loor, y luego os comunicaré el grano de mi embajada.

OLIV. Vengamos al grano; os perdono el loor.

VIOL. ¡Ay! me costó tanto el aprenderlo, y es poético.

OLIV. Por lo mismo será ménos sincero: os ruego que lo guardéis para vos. Me han referido que os habeis propasado en mi umbral, y os he permitido la entrada más bien por el deseo de admiraros que por el de oiros. Si no careceis de cordura, idos; si teneis juicio, sed breve: no estoy de humor para perder el tiempo con tan frívolo coloquio.

MAR. ¿Quereis haceros á la vela, hidalgo? Este es vuestro rumbo.

VIOL. No, buen grumete; pienso navegar á palo seco por estos mares algun tiempo más.— Desbravad á esa fiera, hermosa dama. Manifestadme vuestro parecer; soy humilde mensajero.

OLIV. Terrible debe ser lo que me teneis que comunicar, cuando lo preludiais con tales frases. Decid lo que teneis que comunicarme.

VIOL. Es para vuestro oido nomás. No traigo ninguna declaracion de guerra, ni vengo á exigir tributo de homenaje: llevo en mi mano el ramo de olivo; mis palabras están tan repletas de paz como preñadas de materia.

OLIV. Sin embargo, empezasteis con rudeza. ¿Quién sois? ¿qué quereis?

VIOL. De mi acogimiento aprendí la rudeza de que di prueba. Quién soy y qué quiero son cosas tan escondidas como el tesoro de la virginidad: para vuestros oidos revelacion; profanacion para los demas.

OLIV. Dejadnos solos; oiremos esta revelacion.
(Vánse María y acompañamiento.)

Pues bien, hidalgo, ¿cuál es vuestro tema?

VIOL. Bellísima dama...

OLIV. Doctrina consoladora, y muy discutible. ¿Dónde está vuestro tema?

VIOL. En el pecho de Orsino.

OLIV. ¿En su pecho? ¿En qué capítulo de su pecho?

VIOL. Para contestar con método, en el primero de su corazon.

OLIV. ¡Oh! lo he leído; es herejia. ¿No teneis nada más que decir?

VIOL. Dama gentil, dejad que os vea el rostro.

OLIV. ¿Os encargó acaso vuestro amo que negociárais con mi rostro? Ahora os separais del tema; pero descorreremos la cortina, y os enseñaremos el cuadro. Mirad, hidalgo, tal soy á la hora presente.

VIOL. Divinamente hecho, á ser todo hechura de Dios.

OLIV. Es color legitimo, á prueba de viento y lluvia.

VIOL. Es beldad pura, cuyo rojo y blanco

Mezcló con tierna mano hábil natura.
Sereis la más crüel de las mujeres
Si vais con tales gracias al sepulcro,
Sin relegar al mundo alguna copia.

OLIV. ¡Oh! hidalgo, no seré tan dura de corazón;
haré publicar varias esquelas de mi hermosura;
haré de ella un inventario, y cada trozo
y partícula estarán rotulados en mi testamento;
como por ejemplo, *item*, dos labios medianamente rojos;
item más, dos ojos azules con sus párpados correspondientes;
item más, un cuello, una barba, *et sic de cæteris*.
¿Os mandaron aquí para tasarme?

VIOL. Os miro bien; sois por demas altiva;
Mas aunque el diablo fueseis, fuerais bella.
Mi amo y señor os quiere: tal afecto
Sólo pudiera ser recompensado
Si á vos, oh noble Olivia, os coronaran
Reina sin parangon de la hermosura.

OLIV. ¿Qué, tanto me ama?

VIOL. Os idolatra; os quiere
Con lágrimas fecundas, con gemidos
Que amor retruenan, con suspiros que arden.

OLIV. Tu amo lo sabe bien: no puedo amarle.
Que es noble sé, me consta que es virtuoso,
De grandes bienes, jóven y sin tacha;
Goza de buena fama y es letrado,
De corazón valiente, de alma noble;
Y en cuanto á talle y dones de natura,
Hombre agraciado; mas no puedo amarle:
Saberlo bien debiera há mucho rato.

VIOL. Si yo os amara loco, cual mi dueño,
Con tanta pena, con tan muerta vida,
En ese nó, ningun sentido hallara,
No lo entendiera nunca.

OLIV. ¿Pues qué hariais?

VIOL. De mimbres una choza en vuestra puerta,
De donde voces diera al alma dentro:

De desdeñado amor escribiría
 Tierna y léal cancion, que á voz en grito
 Cantara en el silencio de la noche.
 Con vuestro nombre retumbar haria
 Las cóncavas colinas, y al parlero,
 Gárrulo confidente de los aires
 Gritar Olivia; y entre cielo y tierra
 Paz vuestro pecho en vano buscaria,
 Hasta que á compasion mi fe os moviese.

OLIV. Quizá lograrais mucho. ¿Vuestra estirpe?

VIOL. Es noble y superior á mi fortuna,
 Aunque esta mala no es: soy caballero.

OLIV. Al conde, pues, volved; no puedo amarle.
 Decid que más mensajes no me envíe,
 A no ser que volviéseis vos á darme
 Cuenta de la impresion que le produzca.
 Gracias por todo os doy. Tomad, os ruego;
 Gastadlo á mi salud.

VIOL. Guardad la bolsa,
 Señora, no soy nuncio asalariado:
 No yo, mi dueño ha menester mercedes.
 Convierta amor en duro risco el alma
 Del hombre en quien pusiereis vuestro afecto;
 Y cual mi dueño recibais en pago
 De fe, desden. Adios, cruel belleza. (Váse.)

OLIV. Me dijo, al preguntarle por su estirpe:
 «Es noble y superior á mi fortuna,
 Aunque ésta mala no es; soy caballero.»
 Oso jurar que lo eres. Sí, tu lengua,
 Tu rostro, tus modales, talle y brio
 Publican cinco veces tu hidalguía.
 Obremos con mesura. ¡Paso! ¡paso!
 ¡Fuera el criado el amo al ménos! ¡Cómo!
 ¿Tan contagiosa es la amorosa plaga?
 Parece que siento los hechizos
 De aquel mancebo introducirse á hurto
 Y sin ser vistos en mis ojos. Sea.
 ¡Hola, Malvolio!

Sale MALVOLIO.

MAL. ¿Qué mandais, señora?

OLIV. Id, alcanzad á aquel impertinente
Mozo del conde. Aquí dejó este anillo,
Quiera ó no quiera. Di que no lo acepto;
Y que se guarde de adular á su amo;
Y de alentarle infiel con esperanzas:
Suya jamás seré. Si acaso el jóven
Mañana por aquí volver quisiera,
Diréle la razon en que me apoyo.
Corre, Malvolio, vuela.

MAL. Voy, señora. (Váse.)

OLIV. A fe, no sé qué me hago; mas sospecho
Que el ojo me soborna incauto el pecho.
Hado, dispon: vencerte nadie crea;
Lo que ha de ser será; pues eso sea. (Váse.)
